AÑO III. MADRID, OCTUBRE DE 1923. NÚM. 24.

HESPERIA

REVISTA TEOSÓFICA Y POLIGRÁFICA

DIRECTOR-PROPIETARIO: Dr. MARIO ROSO DE LUNA Y BOVER

ADMINISTRADORA: Srta. SARA ROSO DE LUNA Y ROMÁN

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DEL BUEN SUCESO, 18 duplicado.

Precio de suscripción anual: España, **10** pesetas; Extranjero, **12** o **2 ½** dólares.
Número suelto: **Una** peseta. Corresponsales: 25 por 100.

LA CAPEA

Tragedia obscura y bárbara. La plaza de la aldea
hierve de sol y mosto... Es tarde de capea.
Una turba que huele a sudor y a zamarra
aúlla sobre los carros con las varas en alto.
Un torerillo hambriento quiere pasar de un salto
la barrera... Un silencio. Se oye cómo desgarra
la carne palpitante el cuerno. Cómo un trapo
queda en la arena, envuelto en el rojo guiñapo
del joyante capote. Se oye un clarín sonoro,
y todo el mundo aplaude la bravura del toro.
Los mozos, empalmada la faca cabritera,
pinchan las manos del que se agarra a la barrera.
Las mujeres palpitan de una lujuria extraña
al olor de la sangre. El sol arde en sus venas
y embriaga como el vino a esas hembras morenas.
Sangre, lujuria y sol. ¡Panderetas de España!
El torerillo herido sonríe. —Este chaval
pronto será una gloria nacional—
dice el cacique orondo y majo; otro jalón
para dar honra y brillo a la nación.
Después, por los caminos, a la luz de la luna,
rumiando locos sueños de amor y de fortuna
—¡oh el amor de las hembras, la gloria y la riqueza!—
van los toreros. Sobre su trágica pobreza
de parias, pone un velo divino la ilusión.
El herido se queja: —¡Me ha dado un cornalón
de caballo!— Otro canta una copla gitana,
y, al oír del que sufre el gemir lastimero,
piensa mientras se ciñe su capotillo grana:
—¡Más cornadas da el hambre!—ha dicho *El Espartero.*

EMILIO CARRERE

Del libro *La Canción de las Horas*, acabado de publicar.

ROSARIO DE ACUÑA, TEOSOFA

La excelsa dama madrileña Rosario de Acuña, la laureada poetisa autora de *Rienzi, el tribuno*, de *El Padre Juan* y de tantos otros trabajos traducidos a varios idiomas, la perseguida rebelde, cuya silueta literaria y filosófica aún no ha sido apreciada en España en todo su relieve, vivió y murió teósofa.

En sazón oportuna habremos de hablar por extenso de esta mujer admirable, la primera de su sexo que ocupó la cátedra del Ateneo de Madrid en 1884. Hoy la consagramos, reciente aún su óbito, unas líneas que acrediten su personalidad teosófica.

Digno de un teósofo es, en efecto, el párrafo final de su testamento, en el que después de rechazar toda religión positiva dice: «Creyendo en el Dios del Universo; con la esperanza de poseer un espíritu inmortal, el cual no se hará dueño de la conciencia y de la voluntad, ínterin vaya intrínsecamente ligado a la naturaleza terrestre; segura de que en la inmensidad de la creación nada se pierde ni se anonada; presintiendo, con los fueros de la razón, una justicia inviolable cuyos principios y fines no pueden ser abarcados por la flaca naturaleza humana; confiando en la existencia de la Verdad, de la Belleza y de la Bondad Absolutas, trinidad omnímoda de la Justicia Eterna, me recomiendo a la memoria de las almas que amen la razón, y ejerzan la piedad, perdonando a todos aquellos que me hicieron sufrir grandes amarguras en la vida, y rogando me perdonen todos a quienes yo hice sufrirla.»

Pero hay más: su heredero, D. Carlos Lamo, en carta de junio último, desde Gijón, dice a nuestro director lo que sigue:

«No sé, señor, si habrá llegado a su noticia la de la muerte de doña Rosario de Acuña y Villanueva, acaecida aquí el 5 de mayo pasado. Escritora toda su vida, radicalísima siempre, mas siempre también de una moralidad inacostumbrada en la literatura moderna entre nosotros, sus escritos, eran profundamente teosóficos, aun antes de conocer las doctrinas de los libros de H. P. Blavatsky y sus conferencias y libros de usted. Fué combatida tan sañuda y vilmente durante toda su vida, desde que inició su lucha contra el fanatismo, que ni aun de los que se decían sus correligionarios recibió casi nunca mas que desaires y menosprecios. Tan dolida estaba por esta causa, que en muchas ocasiones en que yo la instaba para que le enviase a usted una adhesión, una carta en que le expresase lo que sentía por la doctrina teosófica, siempre me contestaba que no; que ella era demasiado insignificante, que usted ni la contestaría siquiera y que quería conservar la ilusión de que usted no era un hombre como los demás españoles.

Al llegar aquí se preguntará usted por qué hoy, yo, el que fué discí-

pulo absorto de aquella gran mujer durante treinta y cinco años, me permito dirigirle la presente. En primer lugar para que sepa que sus cuatro libros de usted, «Las Conferencias», «Hacia la Gnosis» y «En el umbral del misterio», estaban, desde hace muchos años, a la cabecera de su cama, sirviéndole en sus largos y dolorosos insomnios de consuelo, de estudio, de confianza en otra más justa vida para ella que la que en el ciclo de las suyas le tocó vivir ahora. Decía que constituía su biblia. Y la noche antes de morir—fué a las ocho de la mañana del siguiente día y repentinamente—dejó el registro de haber estado leyendo en el primer tomo de «Conferencias», en la página 119 (1). Pero esto solo no me hubiera movido al atrevimiento que me tomo; pero al abrir el departamento de sus originales, encima de todos, para que se viera bien, encontré el adjunto soneto,

---

(1) Para aquilatar el caso, véase que la página en cuestión dice así: «*Místico abrazo de la Divinidad con el hombre.*—El hombre, verdadero animal en evolución divina, no se contenta con vivir como sus congéneres animales, sino que, dotado de una mente titánica, un corazón de fuego y una voluntad indomable de héroe, se encara con todos los misterios que le rodean: los misterios del sér y del existir, y entabla una lucha homérica con ese invisible que le cerca y le domina: aquí logra cantar, allá logra expresar el color, acullá logra dominar la forma geométrica y el número; pero no es él, precisamente el solo que involúa, sino que, dentro de la ley universal de acción y de reacción o de causa y efecto, conmueve con su esfuerzo hacia arriba las más altas esferas, despierta de su inconsciente letargo las más dormidas esencias; el hombre busca entonces a la Divinidad abstracta, esa misma que se va manifestando en nota, color, forma y número hasta determinar el Universo como un todo objetivo, y la Divinidad, despertada del secularísimo letargo de lo no manifestado, también le busca a él, descendiendo en dulce misterio eucarístico sobre su frente caldeada por el inmenso esfuerzo. Entonces, y sólo entonces, es cuando se muestra la Teosofía...

Así, la Teosofía como sabiduría divina y la Filosofía como ciencia, arte y aspiración integral del titanismo humano, están ligadas como la causa y el efecto, o como la madre y el hijo. En un sentido, el esfuerzo filosófico realizado de abajo a arriba por el sér pensante, determina, por ley inevitable de reacción, esa oleada de la Verdad eterna que, mediante semejante esfuerzo, una vez más se manifiesta en el mundo. En tal sentido, la Teosofía es hija de la Filosofía, que la genera, como el agua genera a la nieve, pero en un sentido más hondo, toda filosofía es, en el tiempo, una hija de la Teosofía, de la que nace, como nace el agua de la nieve, por cuanto el mismo pensamiento filosófico que acarrea su evolución en la Historia es en sí una Manifestación divina por mediación del hombre como entidad evolutiva, y en este segundo y más cierto sentido, es la Filosofía la hija amada de la Teosofía, bajo cuyo manto protector se cobija siempre en los momentos de peligro que se llaman dolor, escepticismo, limitación o duda, o sea en aquellos en que el vigoroso corcel de la razón, en el que cabalgamos como caballeros andantes de la vida, cae agotado como los caballos de la leyenda, por más que sean de acero sus músculos...»

que creo sintetiza tan admirablemente el credo teosófico que ello me mueve a que lo conozca usted.

»En cuanto a su corazón fué tan bueno, tan grande, tan generoso, sembró el bien de tal modo que en su archivo millares de cartas chorrean gratitudes, comprobando esto que le digo. A cambio de esta vida de altruísmo desbordante no hubo injuria, calumnia, infamia, dolor alguno físico ni moral que le ahorrase el Destino... Estoy persuadidísimo, tengo la convicción plena de que llegó a la última perfección en lo humano y que su vida futura tiene que ser (o no habría equilibrio ni justicia en lo eterno) una serie de dichas y felicidades inefables...»

Véase, en fin, este soneto inédito suyo bajo el título de:

«Mi última confesión.

El día terminó; la noche llega;
he sentido, he pensado y he llorado;
amé y odié, pero jamás ha dado
asilo el alma a la pasión que ciega.
La fe en el porvenir mi sér anega;
constante y rudamente he trabajado;
sufrí el dolor con ánimo esforzado
y sembré mucho sin hacer la siega.
Gané el descanso en la región ignota
donde reina la paz del sueño inerte;
pero la luz que de la mente brota
y en ruta eterna sus destellos vierte,
será encendida en estación remota.
¡Tendré otro día al terminar la Muerte!»

Con este número termina el segundo año de suscripción y rogamos a nuestros favorecedores, como muestra de su protección a HESPERIA, se dignen renovar lo más pronto que puedan su abono para el tercer año.